



OLAVIDE, LOS DESASTRES Y EL SIGLO DE LAS LUCES

LA RED Pocas figuras históricas y literarias tienen una contextura tan polémica y universal como la de Pablo de Olavide (Lima 1725 - Baeza 1803), oidor de la Audiencia de Lima en su juventud y reconstructor de la ciudad de Lima, luego del violentísimo terremoto que la dejó en ruinas en 1746 y más tarde uno de los protagonistas de la ilustración europea. Su personalidad y los avatares de su existencia impusieron su nombre a lo largo y ancho de Europa y América y a ello seguramente contribuyó el carácter legendario de su tierra natal: el Perú de Xauxa y El Dorado.

Político, abogado, teólogo, traductor, dramaturgo y novelista, además de poeta y filósofo, Olavide en su azarosa existencia debió resistir a consecuencia de su desempeño como reconstructor de Los Reyes, un juicio de la Inquisición en Madrid que lo condenó a 8 años de reclusión

y al despojo de todas sus propiedades. Tras fugar y exiliarse en Francia, participa dentro del movimiento intelectual de los enciclopedistas y el propio Diderot bosqueja su biografía en 1782, dando una resonancia inusitada a su proceso inquisitorial. En la Francia pre-revolucionaria traba amistad con Voltaire, D'Alambert, Condorcet y con John Adams, representante de las rebeldes Trece Colonias y futuro presidente de los Estados Unidos. Vive intensamente el París convulsionado de 1789 y es reconocido por la Convención como ciudadano francés¹. La terrible decepción que le causara el Terror Rojo (y que lo llevó por tercera vez a la prisión) lo alejó de la actividad pública, reclusándose tras su liberación en un castillo del Loira, donde se entregó a una febril actividad creadora. Se abocó entonces a escribir textos teológicos, pero sobre todo a la redacción de una docena

de “novelas morales”, que vieron la luz póstumamente.

Una de aquellas novelas, “Teresa o el Terremoto de Lima”, narra las desventuras que ocasionó el violento sismo del 28 de octubre de 1746 y el tsunami que lo siguió y que dejó el puerto del Callao literalmente bajo las aguas. La referida narración no pasaría de ser una curiosidad literaria, si no fuera porque el propio Olavide fue encargado de la reconstrucción de la capital del Perú por el virrey Manso de Velasco y vivió en carne propia la tragedia, pues perdió a sus padres y a una hermana sepultados bajo las ruinas. Acusado de malos manejos debió partir a España para encarar el ya referido juicio ante el tribunal del Santo Oficio y finalmente la cárcel en 1754. Se le condenó entre otras cosas por malversar los dineros de la reconstrucción al reedificar y ampliar el Teatro Principal de Lima, labor en la que no ocultó sus pasiones artísticas.


Como novelista, Olavide es también un abanderado y adelantado y se inscribe como autor representativo de la novela sentimental europea del siglo XVIII, la que todavía no había enraizado en España. Como sabemos, la novela es ante todo un género de la modernidad, que en el período del Siglo de las Luces no abandona el didactismo ejemplarizador. Sólo medio siglo después la novela tendrá una finalidad puramente estética con el Realismo².

“Teresa o el Terremoto de Lima” además de describir el desastre con precisión y verosimilitud nos revela una cosmovisión extraña para los tiempos coloniales. Olavide desliza una serie de acotaciones en torno a la naturaleza de los desastres y el proceso de reconstrucción subsiguiente. Señala por ejemplo, con una sorprendente capacidad analítica que:

“Cuando en una numerosa población cada uno se ocupa en reparar sus pérdidas, los vestigios suyos pueden subsistir todavía por mucho tiempo; pero no tarda en establecerse una especie de orden y se reproducen los recursos a cada instante. Fue lo que sucedió en este muy memorable terremoto”.

La precoz vocación racionalista de Olavide se manifiesta claramente cuando no considera los desastres como un azote de Dios, sino como un estricto fenómeno natural, superable a través de un orden racional. Ello no implica que los personajes dejen de expresar su realidad a partir de sus creencias religiosas, las que por otra parte no tienen efecto alguno sobre la estructura novelesca, que está construida sobre la voz de un narrador omnisciente.

Según Estuardo Núñez, “El temblor de tierra - frecuente fenómeno natural en muchas regiones del Pacífico-ocupó la imaginación literaria de autores coloniales de poesía (Oña, Caviedes, Peralta, Miramontes, Barco Centenera) y fue objeto de referencias de crónicas (Calancha, Bernardo de Torres, Juan Meléndez) y en relaciones históricas (Suardo, Mugaburu), pero el tema no se incorpora ni al teatro ni al género narrativo. Olavide es el primero en el Perú y en Hispanoamérica que incorpora en el ambiente del fenómeno natural una trama novelesca...”³.

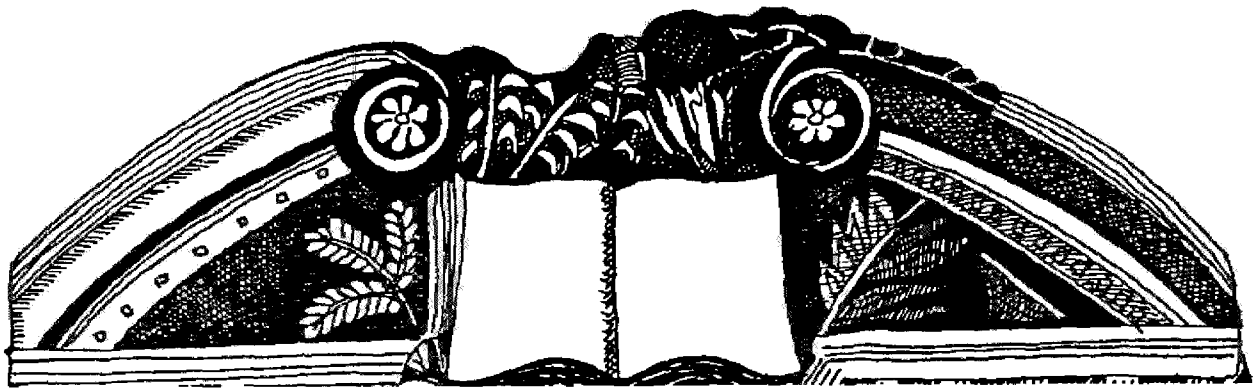
Otros autores pre-románticos europeos también se inspiran en los desastres para construir ficciones literarias. El terremoto de Lisboa de 1755 y el de Nápoles en 1783, son el trasfondo de una serie de obras narrativas que alcanzan gran difusión a fines del XVIII y comienzos del XIX, entre el público lector del viejo continente. Por esos años tumultuosos aparece también una célebre novela corta de Heinrich von Kleist, titulada “Das Erdbeben in Chile”, ambientada en los días del terremoto que asoló Santiago en 1647. Todo ello realza aún más este relato precursor para las letras españolas e hispanoamericanas, en medio de las conmociones ¿terráqueas? y sociales que dieron nacimiento a la modernidad (Rodrigo Núñez-Carvallo). 

Notas

¹ DEFOURNAUX, MARCELIN (1959) *Olavide ou le 'afrancesado'*, Paris, Presses Universitaires.

² NÚÑEZ, ESTUARDO (1970) *El Nuevo Olavide*, Lima, PL Villanueva.

³ OLAVIDE, PABLO DE (1987) *Obras Selectas*, Estudio Preliminar, Recopilación y Bibliografía de Estuardo Núñez, Lima, BCP.



TERESA O EL TERREMOTO DE LIMA

(fragmento)

Pablo de Olavide

“Iba á terminarse el dia 28 de octubre, y se presentaba el navío delante de Callao á las diez y media de la noche, cuando el mar, sin causa ninguna visible, se hinchó, y bramó con furia: El prudente capitan reconoció los anuncios de un terremoto. Mandó forzar de velas para largarse: esta sola precaucion preservó el buque contra una inevitable pérdida. Una media hora más tarde el mar inundó el puerto, y las tierras situadas mas allá, hasta mas de una legua; aun se tragó á los mas de los infelices que se salvaban en Lima. De veinte y tres navíos que habia en el puerto, se fuéron á fondo diez y nueve y cosa asombrosa, si semejantes desastres no fueran auténticos, arrojó el mar los otros cuatro bien adelante tierra dentro.

Reinó el espanto toda la noche á bordo del navío, pero ninguno estaba mas sobresalido que D. Alonso. No le quedaba duda de que se hubiera estendido el terremoto hasta Lima; y juró volver

á hallar á Teresa, viva ó muerta, con peligro de sus dias. “¡Quién sabe, decia, miétras que esperaba con una indelible impaciencia la vuelta de la luz, quien sabe si aquel Dios tan tremendo, cuando confía á los elementos el cuidado de sus venganzas, no me ha traído de lo último del mundo para salvarla! ¡La veré á lo ménos, la veré, aunque fuera en medio de las ruinas!”

En el siguiente dia, se acercaron á la costa. Volvia á entrar el mar en su lecho, pero no existia ya Callao. Muchos hombres de la tripulacion pidieron licencia al capitan para ir á tierra. ¿Es menester decirlo? La humanidad no era el móvil

de algunos; y los mas arrostraban contra los peligros, con la esperanza de proporcionarse un botin fácil y precioso.

D. Alonso participó al capitan, que él no quería tardar un momento en ir á verse con el Virey, si estaba vivo todavia. Remontaron la playa, por espacio de una legua, y se desembarcó, por medio de una lancha, un cierto número de marineros encargados de conocer la estension del desastre. Miétras que ellos hacian por acercarse á Callao, se marchó D. Alonso en derecha a Lima, por medio de la llanura inundada todavía.

Encontró en el camino á uno de los infelices habitantes del puerto, cuyos destrozos estaban cubiertos entónces con la arena; este le notició, que, de siete mil personas que formaban la poblacion de Callao, ciento cuando mas sobrevivian.

Con semejante nueva, y con semejantes vaticinios, se adelantó D. Alonso hácia la



capital del Perú, en la víspera todavía, encerraba ella, en un recinto de dos leguas, sesenta mil almas.

Cuanto mas se aproximaba á ella, tanto mas consideraba el mal como irreparable; de tantos templos, monasterios y hospitales que se elevaban en medio de las casas, ni siquiera uno había resistido el azote destructivo; todo estaba cubierto de escombros; y se reconoció después que únicamente veinte y cinco casas se habían libertado de la ruina general.

Juzgando D. Alonso la suerte de la poblacion de Lima con arreglo á la de los habitantes de Callao, creyó que iba á hallar errante, en aquellas vastas ruinas, cuando mas un millar de infelices. Esperimentó un afecto casi semejante á la alegría, cuando vió que el número de las víctimas era comparativamente bastante pequeño. "Se cree, le dijo un habitante, que por medio de las precauciones que se habían tomado de no elevar mucho nuestras casas, no tendríamos casi que echar ménos mas que una docena de nuestros conciudadanos.

-Ah! es mucho todavía, es muchísimo! exclamó el joven Español; y dando profundos suspiros, voló hacia el sitio en que estaba seguro de hallar á lo ménos las ruinas de la casa de D. Ramiro.

Encontró en el camino al Virey, D. Josef Marso y

Velasco, cuya prudencia y zelo se inmortalizaron con esta horrenda catástrofe en el Perú. Este ilustre gefe de una poblacion desesperada daba las órdenes mas necesarias. Llegóse á él D. Alonso, y le preguntó, dándosele á conocer, si podia darle algunas noticias de D. Ramiro. Su boca no pudo proferir nunca el nombre de Teresa. El Virey le respondió que no tenia ninguna; pero añadió que, en aquellos primeros momentos de desórden y terror, no podia asegurarse nada, y que no era imposible que volvieran á hallarse en lo sucesivo muchos de los que se miraban como perdidos para siempre.

Apartóse de él D. Alonso no ménos sobresaltado que ántes. Habiendo llegado á una plazuela, descubrió a unos hombres ocupados en ahondar hoyas, hácia las que transportaban algunos cadáveres. Todos tenían la cara descubierta, como en el instante en que la muerte los había cogido. En ellos habia un crecido número de mugeres jóvenes. Armándose

D. Alonso del necesario valor, se atrevió á echar atentas miradas sobre sus rostros. Creyó estar seguro de no haber reconocido á Teresa; pero al aspecto de uno de los últimos cuerpos, estuviéron sus fuerzas para abandonarle; tuvo la certeza de tener á la vista á María privada de vida, á María cuyas facciones estaban grabadas en su memoria de un modo indeleble; porque la memoria de los enemigos es, á pesar nuestro, tan durable como la de las personas amadas! Ignoraba que ella no vivia, ya con su hija, y desesperó de volver á ver nunca á Teresa, a la que creyó envuelta en el desastre de su madre.

El amor sin embargo le dió valor. No estaba quizas mas que herida; quizas respiraba debajo de las ruinas, en las que unicamente su amante tendria deseos de buscarla. Pensó de nuevo que el Cielo podía haberle conducido por medio de tantos mares para ser libertador suyo; y se sintió resuelto á no aljojar en sus indagaciones.

A pesar del horrendo trastorno que contristaba sus miradas, volvía á hallar, en la situacion de las calles, plazuelas, y principales edificios, el medio de guiarse. Alcanzó á ver por último el jardin, y se vió cerca de aquella reja que le debía ser tan bien conocida.

Estaba echada á tierra juntamente con la pared; entró D. Alonso, y vió á dos criados ocupados á transportar en medio de los arbolillos y flores que el azote no habia perdonado, algunos objetos preciosos que ellos deseaban conservar á su amo.

"¿Le creen Vms. pues salvado? les dijo él vivamente."

Respondiéron que enviados en la mañana de la víspera á una posesion rural poco distante, con la mayor parte de sus compañeros, no habian vuelto á la ciudad mas que unas dos horas hacia, y no habian hallado, en casa de D. Ramiro, á amos ni criados; añadiendo uno de ellos que probablemente habian huido

D. Alonso juzgó que mas bien estaban sepultados debajo de los escombros. Alabó el zelo y fidelidad de aquellos hombres, y les prometió que serían recompensados en todo evento por él y por el Virey; pero les rogó que fueran á registrar, en compañía suya, las ruinas y vastos sótanos de la casa.

“Ah! señor, respondió uno de ellos, no saldriamos de allí. Piense Vm. que la tierra está temblando todavía, y que el mal se halla léjos de terminarse. ¿Es ahora el momento de meterse debajo de los destrozos?”

No discurría mas que con mucha certitud, porque hasta el 29 de noviembre, es decir por espacio de mas de un mes, se experimentáron unos sesenta temblores, entre los que hubo algunos violentísimos. D. Alonso, sin oírle, se encaminó hácia las ruinas de la casa.

Cubrian muchos destrozos la entrada de una escalerilla subterránea. Aquellos hombres que le habian acompañado, al mismo tiempo de repetir que él corría á una muerte segura, le ayudáron á abrirse un camino; pero persistiéron en su negativa de bajar con él.

Anduvo errante al principio en la obscuridad; dando al cabo muchos pasos, descu-



brío alguna cosa blanca que recibia una escasa luz de un respiradero bastante angosto.

Se abalanzó gritando, y no logró respuesta ninguna; pero bien presto sintió á sus pies el cuerpo de una muger. Juntando todas sus fuerzas, le acercó á la estrecha lumbrera. Un rayo de luz cayó sobre su descolorido rostro; creia ya tener en sus brazos á Teresa, y no dudó mas de ello entónces.

Qué momento! Estaba ella sin sentido, y no parecia haber recibido heridas; pero únicamente los débiles latidos de su corazon diéron á conocer á D. Alonso que estaba viva todavía.

La llevó hácia los escalones, gritando á los criados que acudieran al socorro de su ama.

Habian ensanchado ellos ya la entrada de la escalera; fuéron á recibirle, y pudo D. Alonso colocarla por último en una camilla de descanso, en el patio; no teniendo á lo menos mas que el cielo

encima de su cabeza.

En medio del desastre, muchos objetos volvian á hallarse casi intactos. Un criado fué volando en busca de una botella de agua espirituosa que él habia llevado al jardin. D. Alonso fomentó con ella las sienas de Teresa, se la hizo respirar, y aun le echó algunas gotas en la boca; y tuvo la indecible dicha de verla recuperar sus potencias.

Se habia vuelto ella, como D. Alonso lo esperaba, una perfecta beldad. Púsose de rodillas delante de Teresa, sosteniendola siempre; en aquel momento, el terremoto, Lima, el universo entero quedáron olvidados. No vió mas que á Teresa restituida á la vida de un modo casi milagroso, y por sus solitudes y rendimiento.

Desde que ella le echó de ver, dió un grito, y temió D. Alonso que Teresa se desmayara de nuevo; pero se hizo, por el contrario, en ella una repentina revolucion. Echóle á él unas miradas fijas, y que, poco á poco, se animáron con un fuego extraordinario; y le dijo en fin:

“D. Alonso! D. Alonso! en donde estoy, y que ha pasado?”

Enagenado de gozo de que ella le reconocia, la instruyó de todo en breves palabras.

Recordando entónces Teresa sus ideas, le dijo: hago memoria de ello, sí, sin Vm. perecía yo.

La suplicó con encarecimiento que tomara un poco de vino que un criado habia traído en una taza.

Obedeció ella; pero apénas habia tocado sus labios en la vasiya, cuando exclamó, como asaltada de una repentina idea.

“D. Alonso! libertador mio! el Cielo le proporciona á Vm. la única recompensa digna de sí: salve Vm. á su amigo, salve Vm. también á Ramiro!”

Seria imposible espresar lo que este apasionado amante esperimentó, cuando oyó salir esta súplica y nombre de la boca de Teresa. No tuvo sin embargo un momento de hesitación, y exclamó al punto: “Voy volando allá, en donde está?”

- Cerca del sitio en que Vm. me ha hallado, dijo ella”.

Fué volando D. Alonso á la escalera, y le acompañó un criado esta vez. Descubriéron efectivamente un cuerpo tendido por tierra; y cuando le alzaron, oyéron salir de él un sordo gemido.

Era D. Ramiro: el movimiento le reanimó algo; pero le viéron en un estado lastimosísimo. Además de muchas contusiones en los brazos y piernas, tenia el estomago como roto; y cuando recuperó perfectamente el sentido, no cesó de respirar con trabajo.

Un pabellon, situado en uno de los ángulos del jardin, se habia conservado harto bien; y en las presentes circunstancias, aquel accidente acababa de hacerle el parage



mas habitable de la casa. A él lleváron los criados á su amo. D. Alonso condujo allá á Teresa, que se apoyaba sobre su brazo; y D. Ramiro que le reconoció al cabo, expresó una sorpresa tan grande como la de su muger.

“Sí, es D. Alonso, dijo Teresa, á quien el Cielo ha hecho venir de España para salvarnos...”

- Y para obtener su recompensa,” añadió D. Ramiro tomando las manos de ámbos con las desfallecidas suyas.

Teresa se sonroseó, y le dijo que ella habia enviado a saber si, en el desastre general, podria encontrarse algun médico.

“De un sacerdote necesito” respondió D. Ramiro.

Viéndole D. Alonso en menor peligro, pensó que la humanidad le prescribia buscar también á los tres criados que se habian quedado al lado de sus amos. Quería volver á la casa, con esta mira, acompañado de

otro criado: pero este hombre acudió, y participó que él acababa de verlos muertos a todos tres. Los habia aplastado la caída de un techo en la dispensa en que él buscaba luz para recorrer los sótanos. Se dedicó lo restante del dia á abrir un cuarto pasadero para Teresa; estuvo allí á lo ménos sola bajo la custodia del amor.

Las órdenes del Virrey hiciéron venir provisiones en abundancia á la ciudad é impidiéron así un hambre, que en los primeros dias, la destrucción de los hornos parecia hacer inevitable.

Cuando, en una numerosa poblacion, cada uno se ocupa en reparar sus pérdidas, los vestigios suyos pueden subsistir todavía por mucho tiempo; pero no tarda en establecerse una especie de órden, y se reproducen los recursos á cada instante. Fué lo que sucedió en éste muy memorable terremoto.

Muchas piezas del suelo bajo se hiciéron habitables en casa de D. Ramiro. Se volviéron á encontrar los mas de los efectos todavia en estado de servir; y pasada una semana, pudo tenerse la certeza de no carecer de cosa ninguna.

Teresa no habia esperado este instante para mandar buscar a su madre. Dejóla al principio D. Alonso en la ignorancia de su suerte, á fin de no participársela por sí mismo, y porque, en rigor, podia haberse engañado. Cuando



vió que ella no podia conseguir noticia ninguna de su madre, ni esperaba ya volverla á ver, le dijo D. Alonso lo que él habia visto, en la plazuela, al tiempo de su llegada á Lima. Teresa le apretó la mano, alzó los ojos al cielo, y miró a su amante.

Qué de cosas encerraba aquella mirada! D. Alonso la comprendió; pero no dijéron uno ni otro cosa ninguna que pudiera acusar la memoria de María. Su hija, por el contrario, se arrodilló y oró por ella, en el bosquecillo mismo en que se hallaban.

Desde el primer instante de tranquilidad, Teresa y D. Ramiro ya habian hecho en pocas palabras á D. Alonso la relación de lo que les habian acaecido. Habian enviado la mayor parte de los criados á la casa de campo, á que ellos mismos debian ir al siguiente día. El terremoto sobrevino, cuando ellos estaban en la sala en que D. Alonso habia visto por la primera vez á Teresa. El piso se hundió. Cayéron á alguna distancia uno de otro; pero algunos destrozos del piso superior hicieron profundas heridas á D. Ramiro. Su muger no padeció mas mal que su caída y terrores. No sabian uno ni otro como ellos habian pasado la noche y una parte del día, hasta la llegada de D. Alonso. No recuperaban el sentido en la obscuridad mas que para volverle á perder. y como no eran oidos sus sordos

gemidos, es probable que el hambre sola hubiera bastado para hacerlos perecer sin aquel impensado socorro.

“Se ha servido Vm. á sí mismo, decia D. Ramiro á su amigo; me muero sosegado; dejo Teresa á Vm., y he podido reparar los sentimientos que he causado á Vms ámbos.

Aunque hacian por interrumpirle cuando él hablaba así, su muerte les parecia segura y próxima. Hicieron cuanto dependia de ellos para suavizarla en todo lo posible; últimamente, habiendo tenido D. Ramiro muchas conferencias secretas con eclesiásticos y escribanos, espiró en los brazos de su muger y de su amigo, quince dias despues de la primera aparacion del azote que introducía el duelo en tantas familias.

La administración gubernativa recuperó poco á poco su curso. D. Alonso fué á ver con frecuencia al Virey quien, cuando hubo tratado con él los negocios del Estado, le habló de los suyos. Cinco años no habian debilitado en

Lima la memoria de sus amores con Teresa. El Virey participó al jóven Español que habiendo recibido D. Ramiro los veinte mil pesos, los habia impuesto inmediatamente en los fondos públicos por cuenta de su amigo. Por su última voluntad, dividía sus restantes bienes entre D. Alonso, que habia salvado los dias de Teresa, y Teresa misma. Se daba así mismo el parabien de que D. Alonso le hubiera proporcionado la ventaja de mostrarse justo y reconocido ántes de morir. Los exhortaba finalmente á ámbos á acordarse de él, y unirse con vínculos sagrados.

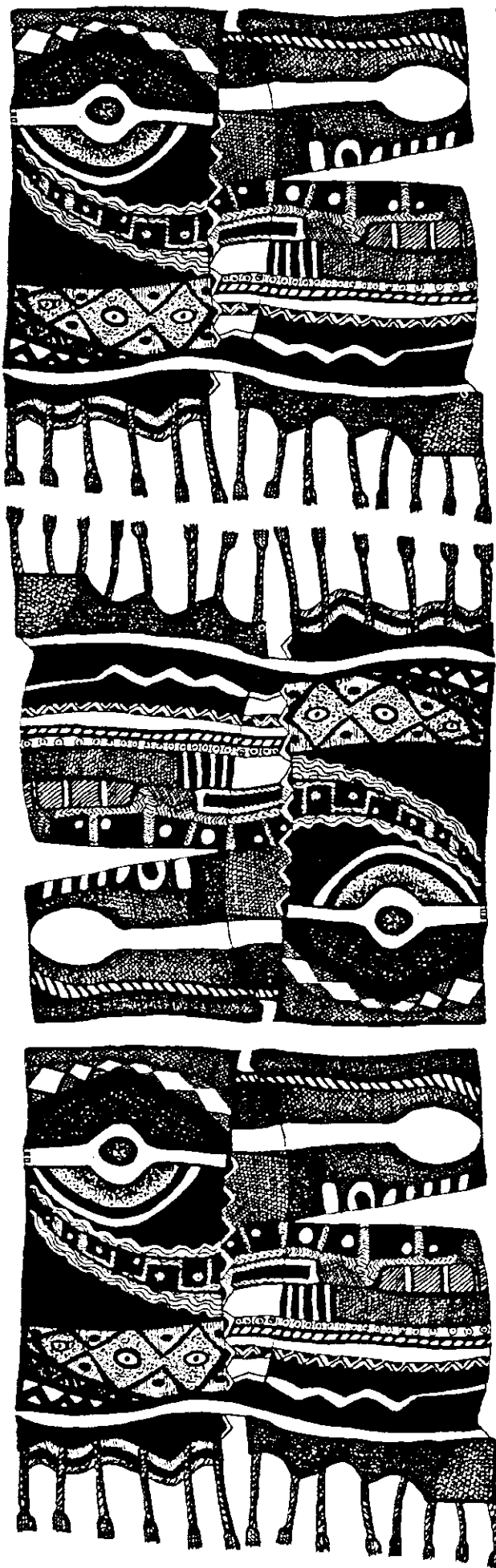
Cómo D. Ramiro no tenia mas que parientes lejanos, se halló que él habia procedido con equidad. D. Alonso y Teresa no podian concebir al principio como un tan espantoso desastre habia sido el camino de la felicidad para ellos. Las pérdidas experimentadas en la casa de Lima eran corta cosa, en comparación de los cuantiosos biénes de que ámbos se hallaban ahora poseedores, y el tiempo no habia alterado nunca su amor.

Creyéron pues que, libre uno y otro, podian entregarse á una inclinacion que les parecia mas bien obra del cielo que de sus propios corazones. Teresa observó el año de su luto con una rigurosa exactitud; y aun indujo á su amante á diferir todavia por seis meses su enlace. Però últimamente, en esta postrera época y cuando Lima, salida de sus ruinas, era ya una nueva ciudad, se efectuó su union. Un gran concurso de los principales habitantes se apresuró á presentarse en la solemnidad



que unió sus destinos para siempre.

A pesar de los vinculos que debian aficionarlos á la mansion de aquella ciudad, un crecido número de amargas memorias los enagenaba de ella. Formáron el proyecto de ir a España. Teresa, que no conocia este pais, queria vivir en Sevilla, en que habia nacido su marido. Realizáron en algunos meses su caudal; y después de un viage, que no les pareció largo con la dicha de hacerle juntos, fuéron en fin á pasar unos felices dias en la capital de la Andalucía. ” **LA RED**



HECHOS & DES

*Documentos e
informaciones*



Conferencia Interamericana sobre Reducción de los Desastres Naturales
Foro Preparatorio para la Conferencia Mundial del DIRDN
Colombia, 21-24 de marzo de 1994

DECLARACIÓN DE CARTAGENA

LARED Reunidos en Cartagena de Indias, Colombia, entre el 21 y el 24 de marzo de 1994, con motivo de la "Conferencia Interamericana sobre Reducción de los Desastres Naturales", representantes de los gobiernos de los países de las Américas, de las organizaciones, instituciones y agencias regionales y subregionales gubernamentales y no gubernamentales, profesionales, profesores e investigadores de entidades públicas y privadas, teniendo en cuenta los resultados obtenidos durante los primeros años del "Decenio Internacional para la Reducción de los Desastres Naturales -DIRDN", compartieron varias reflexiones que se resumen en las siguientes conclusiones y recomendaciones para que sean consideradas por todos los entes de la región y por los participantes de la Conferencia Mundial que se llevará a cabo en Yokohama, Japón, del 23 al 27 de mayo de 1994.

1 Los desastres en América Latina y el Caribe son un problema en aumento y su impacto es cada vez mayor debido a los estilos o modelos de desarrollo imperantes en la región. El crecimiento poblacional y los procesos de urbanización, las tendencias en la ocupación del territorio, el proceso de empobrecimiento de importantes segmentos de la población, la utilización de sistemas organizacionales inadecuados y la presión sobre los recursos naturales, han hecho aumentar en forma continua la vulnerabilidad de la población frente a una amplia diversidad de peligros naturales.

2 En general, los esfuerzos de los países dentro del contexto del DIRDN se han dirigido principalmente a fortalecer el estudio de las amenazas naturales y a proponer soluciones técnicas, sin que hasta el momento se hayan logrado avances significativos en el sentido de que estas soluciones sean social, cultural o económicamente aplicables o apropiadas.

3 Aunque se han logrado avances importantes desde el punto de vista técnico, muchas de las soluciones propuestas bajo este enfoque en la región, a menudo no han podido ser aplicadas en la realidad, debido a la restricción en los recursos disponibles y a la ignorancia de las racionalidades locales que permiten un manejo tecnológico alternativo de los mismos. En ocasiones, las soluciones son rechazadas por las poblaciones debido a que no corresponden a su propia lectura del riesgo o a su imaginario acerca de los desastres.

4 La problemática de los desastres debería ser entendida como un problema aún no resuelto del desarrollo, en el sentido de que los desastres no son eventos de la naturaleza 'per se' sino más bien situaciones que resultan de la relación entre lo natural y la organización y estructura de la sociedad. Las políticas de desarrollo urbano y regional, además de las políticas económicas y sociales sectoriales en general no tienen en cuenta la problemática de los desastres y en ocasiones están agudizando la vulnerabilidad. En pocos casos los conceptos de prevención y mitigación han sido debidamente considerados en la planificación del desarrollo de los países de la región.

5 La mayoría de los países de la región tienen establecidos organismos o sistemas gubernamentales para la reducción de riesgos y preparativos para desastres que no han logrado resultados efectivos, debido a la falta de voluntad política y a que su enfoque se ha dirigido fundamentalmente hacia la respuesta y socorro en caso de emergencia y no hacia la ejecución en forma sistemática y orgánica de acciones de prevención y mitigación. Estos organismos, en su mayoría, obedecen a modelos centralizados que no incorporan en forma adecuada los niveles locales del poder, como son los gobiernos locales, ni las organizaciones comunitarias u otras manifestaciones de la sociedad civil.

6 Dentro del contexto del DIRDN no se ha promovido, de manera explícita, que la prevención de desastres es una estrategia fundamental para el desarrollo sostenible. En consecuencia, en la región, no ha existido una articulación efectiva entre las actividades de prevención y mitigación con las de la gestión y protección del medio ambiente; no obstante que para compatibilizar el ecosistema natural y la sociedad que lo ocupa y explota, es necesario dosificar y orientar la acción del hombre sobre el medio ambiente y viceversa.

7 No obstante las limitaciones antes mencionadas, la iniciativa del DIRDN ha tenido la virtud de despertar la atención y el interés de un amplio número de países, organismos internacionales y agencias donantes en la temática de los desastres. Como producto de esta iniciativa, diversos gobiernos, organizaciones e instituciones de la región han impulsado proyectos y programas que han empezado a dar resultados positivos en campos como el de la salud y la educación y en la reducción de la vulnerabilidad de la infraestructura productiva; así como en la formación de instituciones de carácter nacional y subregional y en la producción y difusión de información técnico-científica.

De acuerdo con lo anterior, los participantes de la Conferencia Interamericana sobre Reducción de los Desastres Naturales, se comprometen en el ámbito de su competencia a promover y seguir las siguientes recomendaciones:

1 Aprovechar el DIRDN como una ocasión o motivo no sólo para atraer el interés de la ciencia y la tecnología, sino para lograr la voluntad político-administrativa y la aceptación por parte de la comunidad de propósitos que deben formularse fundamentalmente por los niveles locales y nacionales, en donde el nivel internacional debe jugar un papel de facilitador, difusor y asesor de las actividades que se desarrollen por parte no sólo de entes de carácter gubernamental, sino también, por otros componentes de la sociedad, quienes han liderado procesos exitosos de prevención de desastres.

2 Entendida la vulnerabilidad como un déficit del desarrollo y una cuenta negativa a nivel del medio ambiente, se requiere estimular una voluntad política que reconozca la reducción de la vulnerabilidad como un objetivo explícito de la planificación para el desarrollo sostenible y como un indicador dentro de la contabilidad de valores ambientales. Se debe impulsar la elaboración de técnicas de monitoreo y seguimiento de la acumulación territorial y social de vulnerabilidades, como una herramienta fundamental para la prevención y mitigación de desastres.

3 Es necesario involucrar a las comunidades, con un criterio participativo, para profundizar el conocimiento acerca de la percepción individual y colectiva del desarrollo y del riesgo

e investigar las características culturales y de organización de las sociedades, así como sus comportamientos y relación con el entorno físico y natural, que favorecen o impiden la prevención y la mitigación y que estimulan o limitan la preservación del ambiente para el desarrollo de las generaciones futuras; aspectos de fundamental importancia para poder encontrar medios eficientes y efectivos que logren reducir el impacto de los desastres en la región.

4 Es importante realizar estudios sobre desastres que integren lo social con lo técnico-científico y la sociedad civil con los organismos gubernamentales, con el fin de lograr traducir el trabajo de carácter tecnocrático en políticas efectivas de prevención y atención de desastres.

5 Dada la validez y trascendencia de lo cultural en torno a los desastres, deben fortalecerse y estimularse programas educativos para la población y esquemas de capacitación que permitan que los investigadores, planificadores, técnicos y funcionarios adquieran conocimientos heterogéneos, adecuados a las distintas realidades de la región; esto con el fin de contribuir a impulsar la incorporación de la prevención en la cultura.


6 Dada la importancia del intercambio de experiencias y la necesidad de contar con la mayor cantidad de documentación posible, es necesario fomentar en la región la conformación de redes de instituciones y el acceso rápido a la información y documentación técnica y educativa disponible, ampliando los centros o mecanismos nacionales y regionales existentes con una perspectiva multidisciplinaria y con un enfoque multisectorial.

7 Se deben fortalecer los sistemas organizativos y administrativos de prevención y atención de desastres en la región, adecuándose a la realidad de los desastres que se producen. Esto implica entre otras cosas: la descentralización de los entes gubernamentales responsables, la incorporación y participación de la sociedad civil y la adopción de un enfoque preventivo y no exclusivamente de atención de emergencias.

8 Teniendo en cuenta que la ejecución y evaluación de proyectos nacionales y locales demostrativos de prevención y atención de desastres, permiten comprobar en la práctica la eficacia de los sistemas organizativos-administrativos y las técnicas utilizadas, se debe promover la recopilación y análisis de estas experiencias y técnicas como un paso para la generación de nuevos conocimientos y para la formulación y ajuste de las políticas de los países de la región y los organismos bilaterales y multilaterales.

9 Es muy importante que los organismos, las agencias internacionales y los donantes direccionen apoyos no solamente para el socorro y los preparativos, sino también para estimular y facilitar la cooperación horizontal y el intercambio de experiencias entre los países, las instituciones y los investigadores de la región, estimulando el intercambio de información, técnicas y el desarrollo de procesos de apoyo y aprendizaje mutuo para la reducción, prevención y preparativos para desastres.

10 Los parlamentos de los países deben estimular la formación de comisiones parlamentarias para desastres y formular aspectos legales y políticos conducentes a crear o actualizar una legislación para la prevención, mitigación y respuesta así como el establecimiento de políticas y estrategias que hagan viable las iniciativas del DIRDN. Así mismo se recomienda que los ministerios de relaciones exteriores jueguen un rol protagónico en la promoción y canalización de la cooperación internacional y entre los países, con el mismo propósito.

11 Las instituciones financieras de carácter global y regional deben establecer y aplicar políticas de financiamiento que apoyen las iniciativas de prevención y mitigación de desastres y alienten la incorporación de estos aspectos en los programas de desarrollo regional y nacional. 

Cartagena de Indias, Marzo de 1994